

ESCENA V

Sale MANUEL DE SOSA y échase á sus pies.

MANUEL. Señor: mi mudo silencio trae en mi temor escrito procesos en mi delito: contra mi mismo sentencio. Como juez te reverencio y como padre los labios humildes, pero no sabios, te piden en culpa tanta.

GARCÍA. Levanta, Manuel, levanta, no despiertes mis agravios. Mejor sabes defender castillos que inclinaciones, vences bárbaras naciones y no te sabes vencer. Triunfa de ti una mujer, ¿y haces de triunfos alarde? ya llega el consejo tarde, tu misma culpa te afrente; para los demás valiente, ¿para ti mismo cobarde? Espérame aquí encerrado, no salga la fama fuera; aquí mi deshonra muera, yo piadoso y tú casado; diversamente hospedado serás de mi cortesía que yo de ti el triste día que me fué la suerte escasa: yo, sin honor en tu casa; tú, sucesor en la mía. (Vase.)

ESCENA VI

MANUEL.

Cerca conclusión incierta del puerto le hallo más lejos, donde ni sondan consejos ni ve el discurso la puerta; no es en el golfo tan cierta la muerte como á la vista de tierra, si el cielo alista vientos que entre obscuridades á escollos llevan crueldades en nave que los embista. Muerte merecida aguardo si mi mal no determino, en mil se parte un camino y en cualquiera me acobardo: de dos á un hijo bastardo mi elección ha de ofender; de dos deo una mujer deshonrada, y en las dos á un padre ofendo ó á Dios: elección: ¿qué hemos de hacer? Si elijo á doña María y á doña Leonor ofendo, el sepulcro están abriendo que encubra la ofensa mía; dicho me han que don García pretende, ¡terrible aprieto! que en mí, en Leonor y en su nieto un castigo corresponda, una tierra nos esconda

y nos encubra un secreto. Poco importara en mi vida satisfacer su rigor; pero en la de mi Leonor inocente y persuadida, á mis engaños rendida, en mis palabras fiada y en un hijo retratada, y que borre un daño igual la copia y original, no, amor; no, fortuna airada. Perdone mi hermosa ausente; hijo natural es Diego; no es bien que en la elección ciego bastardo á su hermano afrente; si su madre olvidos siente, sabía, peligros consulte, monasterios en que oculte la pena que la acongoja tiene Portugal; escoja uno que agravios sepulte.

ESCENA VII

MANUEL y CARBALLO.

CARBALL. ¿Somos cristianos ó moros? Cuerpo de Dios con la puerta.

MANUEL. ¿Qué es esto? CARBALL. La puerta abierta; yo en encierro, y no de toros.

MANUEL. ¿Carballo? CARBALL. ¿Qué carballeas cuando lo que no comí me cuentan?

MANUEL. ¿Qué haces aquí? CARBALL. Cera hilada; tú te empleas en gustos, y á mi, inocente, un azadón me da prisa, y sin responsos ni misa vivo habrá cuerpo presente.

MANUEL. ¿Han de enterrarte á ti y todo? CARBALL. ¡Pluguiera, Carballo, á Dios! Caminaremos los dos mejor; que ahora no hay lodo al otro mundo á la sombra, sin riesgo de calenturas, en hilando sepulturas (sólo el pensarlo me asombra) por ventas cuando las haya, en carnes y á la ligera, tú en tu muerte caballera y yo en mi muerte lacaya. Comiendo, en vez de perdices, sapos avaros y feos, culebras, y por fideos gusanicos y lombrices. Mas las puertas abren ya; trocara yo esta ocasión en moneda de vellón: nuestro verdugo será.

ESCENA VIII

Salen el GOBERNADOR y DOÑA LEONOR. — DICHS

GARCÍA. La vergüenza es provechosa antes de hacerse el pecado;

tarde te has avergonzado: llega, y da á Manuel de Sosa la mano.

LEONOR. De aquesa suerte moriré, aunque desdichada, contenta á un tiempo y honrada.

CARBALL. ¿Bodas hay, y luego muerte? Pues cásenme á mi también, no me entierren virginal.

GARCÍA. Daros quiero bien por mal, aunque indignos de este bien. A don Juan de Mascareñas escogía mi elección; ir contra la inclinación ocasiona no pequeñas dificultades después; que el matrimonio desdoran y necios los padres lloran llevados de su interés. Mi jurisdicción no llega al alma, que el señorío tiene en él libre albedrío. Mientras que don Juan navega honestad atrevimientos dándoos las manos los dos, y hallen los padres en vos, Leonor, sabios escarmientos. Hoy habéis de desposaros y hoy también salir de Goa; un galeón á Lisboa despacho donde embarcaros podréis. Lo más de mi hacienda va en él, cuya estimación llega á cerca de un millón; dote es vuestro, no me ofenda presencia que me ha quitado el honor así adquirido, hasta que encierre el olvido enojos que me habéis dado y llegue mi sucesor.

Cumpla así este medio sabio, desterrándoos, con mi agravio; desposándoos, con mi amor.

CARBALL. Eso si despido al Cura y pago en seco la cera; señores; ¿habrá quién quiera comprarme la sepultura?

MANUEL. La justicia y la clemencia en ti eternizan memorias; perpetúe el tiempo historias; dé estatuas á tu prudencia, y tú á nosotros los pies.

GARCÍA. Más vale que os deis las manos. MANUEL. ¡Jesús! Tropecé; inhumanos pronósticos; si al través dais con mi dicha, ¿qué intento? Desnudóseme la espada.

GARCÍA. ¡Manuel!, ¿qué es eso? MANUEL. No es nada.

Turbación de mi contento. ¡Ay cielos, dadme, Leonor, ese cristal!

LEONOR. Ya os rendí con ella el alma. ¡Ay de mí! ¿qué es esto? Mirad, señor, que os debéis de haber herido; la mano me ensangrentaste

cuando á dárme la llegaste. MANUEL. ¡Ay, cielo, por mí ofendidó! ¡Ay esposa despreciada! ya empiezan presagios tristes á vengaros.

GARCÍA. ¿Os heristeis? MANUEL. Un dedo al volver la espada. LEONOR. Ataos en él este lienzo. MANUEL. Esto es señal, mi Leonor, que mezcla sangres amor, y en la que á daros comienzo veréis cuán unos los dos, al yugo de amor atados, la unidad de los casados logramos, que dijo Dios.

GARCÍA. No hay que mirar agujeros ni miedos supersticiosos; el cielo os haga dichosos; poco tiempo hay, disponeros para el viaje es razón; ved lo que hay que apercibir, que esta noche ha de salir de la barra el galeón. Venid, que no es bien me venza de llanto que afrontas da.

LEONOR. ¡Ay Dios! ¿qué fin tendrá boda que en sangre comienza? CARBALL. ¿Vivo y sano y enterrar? ¡Oh trágicos azadones!

MANUEL. María: mis maldiciones ya me empiezan á alcanzar. (Vanse.)

ESCENA IX

Salen DOÑA MARÍA de mujer, DON JUAN y DIAGUITO

JUAN. Aguardarle en Tanor, aunque dilate esperanzas que martirizan tardanzas; ha de ser doña Leonor mi esposa, y es cada día siglo eterno mi deseo.

Manuel de Sosa hizo empleo, hermosa doña María, digno en vos de su nobleza; encubrióme vuestro ser, mas no se puede esconder disfrazada la belleza.

Más decente es ese traje, hálleos en él quien os ama; respétoos como á su dama, si primero como á paje de mi Leonor os tenía voluntad.

MARÍA. Ya me prometo dichas de feliz efeto en la noble compañía de amigo tan generoso. Quiéreos mucho Manuel.

JUAN. Paga mi fe; pero de él vengo no poco quejoso, pues no se fió de mí ni quien érades me dijo. Tal esposa y con tal hijo; yo tan su amigo, ¿y así encubrirme sus amores?

MARÍA. La brevedad del viaje;
el andar yo en este traje
y el riesgo de sus temores
disculpa le pueden dar (1).

JUAN. ¿Qué riesgo pudo temer
esposo de tal mujer
en Goa para ocultar
seguridades de amor;
y encubriéndolas así
querer que esperéis aquí?

MARÍA. Hay quien le fia el honor
en Goa, en fe de promesas
imposibles de cumplir,
que rotas han de surtir
en venganzas portuguesas.
Tiene padre poderoso;
y en belleza, sangre y fama
es igual á vuestra dama:
ved, con esto, si es forzoso
excusar tan ciertos daños.

DIAGUIT. ¿Dama y padre y que á Leonor
se iguala y fia su honor?
No hay voluntad sin engaños:
logre la vuestra y con bien
le traiga á Tanor el cielo.
Señor Diaguito, recelo
que, según os halláis bien,
con vuestra ya conocida
madre, os habéis de olvidar
de vuestro padre y dejar
de llorar por él.

MARÍA. Mi vida:
¿á quién queréis de los dos
más?

DIAGUIT. Bueno es todo. A mi padre
como á cabeza; á mi madre
como alma suya.

MARÍA. Y que en vos
logra toda su ventura.
Mucho os quiere Safidín.

JUAN. La Reina, su esposa, en fin,
es vuestra dama.

DIAGUIT. Es figura.

MARÍA. ¿No os regala?

DIAGUIT. Sí; mas besa
demasiado señora,
y tiene el olor de mora.
¡Si ella fuese portuguesa,
aún, vyal!

JUAN. ¿Vaya? Temprano;
de tal árbol fruto tal;
no os negará Portugal
por lo tierno y cortésano.
(Ruido de tiros.)
Salva en la playa, ¿qué es esto?

ESCENA X

Entra CARBALLO.—DICHOS.

MARÍA. ¿Naves nuevas?

CARBALL. Linda tierra;
valle fértil, fresca sierra.

(1) En el original y en las reimpressiones del siglo XVIII y de Ortega se dice: «ser»; pero es notoria errata.

JUAN. ¿Carballo?

CARBALL. ¿Señor?

JUAN. ¿Tan presto
vos aquí?

CARBALL. Y con mi señor.

MARÍA. ¿Qué dices?

CARBALL. La verdad pura:
altarimar cingladura,
tomando puerto en Tanor,
viento en popa y mar bonanza
sesenta embocamos leguas.

MARÍA. Pesares, ya os daré treguas;
amor, ya os daré esperanza.

CARBALL. ¿Qué renunciación es esa
de traje, señora mía?
¿De Acuña en doña María?
¿de soldado en portuguesa?

MARÍA. Volver á mi natural,
pues en mis dichas he vuelto.

CARBALL. Mi señor viene resuelto
de vivir en Portugal.
Capitán de un galeón
el Gobernador le ha hecho;
que no le ha visto, sospecho,
tan grande nuestra nación.
Desembarcará mañana
con un presente que envía
á Safidín don García
y á la Reina, si es cristiana;
que hoy ya es tarde, y así salgo
á daros cuenta á los dos
de esta venida, y á vos,
señora, á deciros algo
que os regocije al oído.

MARÍA. Señal que albricias esperas.

CARBALL. ¿Viste todas las quimeras
que los dos habéis temido
en Goa, la muerte al ojo
al creer que don García
el nieto parto sabia
y que fulminara enojo?
Pues, no sólo no lo sabe,
pero juzgando á favor
que el capitán, mi señor,
lleve á Portugal su nave,
el cargo le ha dado de ella,
y está esperando á don Juan
para que esposo y galán
de la Leonor, doncella
al uso, alegre su padre,
y aunque parió de esta traza
correrá como otras plaza
la tal, de virgen y madre.

MARÍA. Todo lo dispone el cielo,
á mis suspiros clemente.
Mas doña Leonor, ¿qué siente
de eso?

CARBALL. Dará la consuelo
el ver que secreto queda
su atrevimiento amoroso,
y que remudando esposo
sirve á su padre y le hereda.

MARÍA. Buenas nuevas te dé Dios;
toma esta cadena.

CARBALL. Buenas
son nuevas que dan cadenas.
Mientras que no os veis los dos,

que será en amaneciendo,
llevémosle allá á Diaguito
en vez de papel escrito,
pues en él está leyendo
el amor que le tenéis.

MARÍA. Mañana ¿no le verá?

CARBALL. Triste con su ausencia está.
Si este regalo le hacéis
daréisle la mejor cena
que se puede imaginar.

DIAGUIT. Madre, llévenme á embarcar
con mi padre.

MARÍA. En hora buena.

JUAN. Yo le voy á prevenir
refrescos, é iré con él
á cenar.

CARBALL. Amigo fiel,
en fin.

JUAN. Débole servir.

MARÍA. Diego: ¿en efecto, queréis
dejarme por vuestro padre?

DIAGUIT. Mañana vendremos, madre,
á verla los dos.

MARÍA. ¿No veis
cuán mal dormiré sin vos?

DIAGUIT. Madre, á fe que lllore.

MARÍA. Andad,
y estos abrazos le dad
de mi parte.

CARBALL. Adiós.

DIAGUIT. Adiós.
(Vanse Carballo y Diaguito.)

MARÍA. Esta es la primer ventura,
cielos, que mi amor os debe;
ya que es sola, no sea breve,
pues no lo es la que no dura.
¡Oh mar, tu golfo asegura,
siquiera en fe de mostrar
cuánto ya de amor á mar,
color de cielos y celos;
deja éstos, sé de los cielos
retrato en no te mudar!

ESCENA XI

Salen DON JUAN y otros.—DICHA.

JUAN. Una falúa preven
que me lleve al galeón,
y en ella el refresco pon
que te apercibo.

CRIDAD. 1.º Está bien.

JUAN. Cúbrela de banderolas
que el aire alegren inquietas;
chirimías y trompetas
hagan aplauso á sus olas.
¿Queréis que vamos los dos
á verle esta noche?

MARÍA. Sí.

CRIDAD. 2.º Esta carta es para ti,
y ésta también para vos.
Al embarcarse, el criado
que ahora en tierra saltó
que os las diese me rogó.
¿Cartas? ¿Cuyas?

JUAN. ¡Ay cuidado!

MARÍA. Esta es de Manuel de Sosa.

JUAN. Su letra es ésta y su firma.

MARÍA. Nuevos recelos confirma
mi desdicha rigurosa.
Quien á la lengua del agua,
pudiéndome ver, me escribe,
nuevas penas apercibe,
nuevas desventuras fragua.

JUAN. Aguardar quien las traía
á embarcarse para darlas,
y en tierra disimularlas
yiniendo á vernos, no fia
mucho su dueño de mí.

MARÍA. Toda soy desasosiego.
¿Cartas y llevarme á Diego?
Leed, don Juan, ¡ay de mí!

JUAN. (Lee.) «En Dío logró el secreto,
don Juan, una coyuntura
que dió en Goa á la hermosura
fruto, de su causa efeto;
don García tiene un nieto
con que remoja sus años,
esposa yo, amor engaños,
Leonor gusto, vos prudencia;
cura el tiempo, olvido ausencia,
y acuerdo los desengaños.»—
¡Oh alevel! ¡oh Leonor ingratal!
¡oh falso Gobernador!
¡oh celos, que es lo peor,
pues vuestro infierno me mata!
No quede nave en el puerto
que amarras no haga pedazos,
remos que á fuerza de brazos
no sigan á quien me ha muerto.
Velas que lleven venganza,
pues más que los vientos corren;
balas, que esperanza borren
de quien me quita esperanza.
Quejas que cielos obliguen,
flechas que tiranos pasen,
y celos que los abrasen,
penas que ingratos castiguen. (Vase.)

ESCENA XII

Doña MARIA.

Mudos son mis sentimientos;
que las ansias que aliviarse
pueden, cielos, con quejarse
no son ansias, no tormentos.
Quitenme los instrumentos
con que el dolor se mitiga;
no suspire, no prosiga
lágrimas que salgan fuera,
quien porque en sí misma fuera (1),
en sí misma se castiga.
Alma que su peña apoca
en el cuerpo que la hospeda,
sin darse muerte se queda
ó viviendo no está loca,
ciérrela el pesar la boca;
halle la salida escasa,
en los ojos ponga tasa
la pena, el llanto ya tarde,

(1) Así en todos los textos, que, como se ve están viciados. Tal vez en el segundo fuera deba leerse «muera».

y abrásele por cobarde
quien no osa salir de casa.
Veneno es este papel
como el traidor que le escribe:
quien con tantas penas vive
podrá ser vivo con él,
á su fe y palabra infiel
é ingrato á Dios: ¿qué esperáis,
alma, que no le miráis?
Si os es el vivir molesto,
vedle, mas con presupuesto
que muerte me deis y os vais.
(Lee) «Aprietos de don García,
inocencias de Leonor
y un sepulcro que el rigor
para tres cuerpos abría,
prenda mía, ya no mía,
á mi pesar injuriada,
mi fe castigan quebrada,
mas para cortas venturas
fundó el cielo en las clausuras
presidios de gente honrada.» —
No lo serán para mí
pues que sin honra me dejas,
ni el cielo, á mis llantos sordo,
pondrá en olvido su ofensa.
Ya está la adúltera nave,
menospreciando firmezas,
favoreciendo mudanzas
que imita al traidor que lleva,
sin recelo que les calme
el viento, hinchadas las velas
las ayudan mis suspiros,
que dan por la popa en ellas;
para atormentarme más,
las voces infames llegan
de los ministros villanos
á mis confusas orejas.

UNA VOZ. (Dentro.) ¡Iza, que el viento se alargal

ESCENA XIII

Doña María.—DIAGUITO, dentro.

DIAGUIT. ¡Madre, señoral: sin ella,
¿dónde me lleva mi padre?
MARÍA. ¡Ay, cielo! ¡ay, ansias! ¡ay, penas!
¡Dejadme arrojarse al agua,
mi bien, mis ojos! ¿Qué intentan
los que sin vos lastimosa
mis desdichas acrecientan?
¿Que el rigor no me permita
este consuelo siquiera?
Diego mío, espejo hermoso,
¿que aún no gusta que me vea
en vos vuestro padre ingrato?
Mas si en vos se representa,
en vos veré ingratitudes,
amores, querida prenda.
DIAGUIT. Madrecita de mis ojos
yo me echara al mar tras ella
si estos hombres me dejaran.
MARÍA. ¡Cielos santos! ¿No hay tormentas,
no hay calmas, no hay huracanes,
que ingratos al puerto vuelvan?
¿Todo ha de ser mar bonanza?

¿Todo viento en popa? Vengan
borrascas que el leño embistan,
piratas que le acometan,
rayos que le despedacen,
rémoras que le detengan,
ballenas que le trastornen,
bajios que le hagan piezas.
¡Diego mío!

DIAGUIT. (Muy lejos.) Adiós, adiós.
MARÍA. ¡Plegue al cielo que no tengas,
cruel, próspero viaje!
El mar, enriscando sierras,
tus pilotos desatine;
desmenuce tus antenas,
tus velas al agua arroje,
tus jarcias todas revuelva,
no te quede mástil sano,
no te deje tabla entera;
diluvios sobre ti caigan
porque zozobres en ellos;
en su piélago agonices,
y si llegares á tierra,
estériles playas llores;
encuentres Libias desiertas,
caribes tu esposa agravien,
indios roben tus riquezas,
la sed mate á tus amigos,
de hambre tus ministros mueran.
Las prendas que más estimas,
esas en pedazos veas
paso de hambrientos leones,
de tigres mortales presas.
No sepan de ti las gentes,
ni otra sepultura tengas
que las silvestres entrañas
de las más bárbaras fieras. [mas
Mas, ¡ay, cruel!, tus maldiciones mis-
son éstas, no te alcancen, que me lle-
la prenda más querida; [vas
por ella ampare Dios tu ingrata vida.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen Doña María, Don García y Don Juan.

GARCÍA. No aumentan, doña María,
mis ansias vuestros enojos,
que en vos salen por los ojos
parando en el alma mía;
no sabía
que desposados los dos,
(¡ay, honra! ¡ay, Dios!)
cuando su fama ofendiera,
se atreviera
al cielo, á mi honor y á vos.
¿Qué importa que para el mundo
sea legítima esposa,
Leonor, de Manuel de Sosa?
Preso en tálamo segundo
en Dios fundo
el derecho verdadero,
y así infiero

que es adúltero Manuel
para con él,
casado con vos primero.
De un golpe sólo ha quitado
seis honras, siete ofendido,
á Dios el yugo roto
que al hombre una esposa ha dado;
á mi engañado,
ignorante de este error,
y á Leonor,
que ser única creía,
y en un día
pierde esposo, ser y honor.
A vos, pues, os menosprecia,
dejándoos con tal crueldad;
á don Juan, cuya amistad
rompe, que un bárbaro precia.
Leonor, necia,
llorará bastardo un hijo;
que colijo
de quien hidalgo se llama,
y á su fama
ofende... ¿ni qué me alicjo?
Si yo el consejo siguiera
de mi venganza, ocultara
mi agravio y los enterrara
juntos, puesto que muriera.
¿Y á qué espera
padre que en su honor estriba,
si se priva
de restaurar desaciertos?
A estar muertos
no llorará infamia viva.
Era la honra mi espejo;
sienta el alma su destrozo;
su aumento procuré mozo,
su pérdida lloro viejo.
Vil consejo
de piedad: esto merece
el que obedece
á su amor, porque enterrado
el pecado
ni deshonor ni padece.
¡Qué bien guardará secretos
un sepulcro vengativo!
Ya mi agravio sucesivo
pasará de hijos á nietos;
ya respetos
de honor el remedio es tardo,
ya no aguardo
sino descendencia infame
cuando llame
mi nieto el mundo un bastardo.
Los sentimientos son vanos,
perdóneme Vueseñoría,
cuando la venganza envía
sangre animosa á las manos.
Mientras vive el ofensor
no desmaye el ofendido;
doña Leonor no ha perdido
un ápice de su honor.
Si la deslealtad supiera
del capitán, cosa es clara
que la mano le negara,
que la suya no admitiera.
No le juzgaba casado;
su engaño creyó apacible,

y la ignorancia invencible
excusa todo pecado.
Faltando el consentimiento
no hay culpa en la voluntad;
no consintió su beldad
sin conyugal sacramento
que amor le aposeionase;
y así no me espanto yo
que quien á ti engañó
á una mujer engañase.
Es crédula la belleza;
¿qué mucho que en tal porfía
se fiase de quien fia
se fiase de quien fia
el rey una fortaleza?
Manuel de Sosa, ese sí,
que su lealtad atropella
contra el cielo y Leonor bella,
contra tu honra y contra mí.
Pero por eso el honor
halló amparo en la venganza,
menoscabó en la tardanza
y padrino en el valor.
Yo iré tras él, pues me toca
tanta parte de este mal,
no sólo hasta Portugal,
cuando falte alguna roca
que alevosos despedace,
por todo cuanto al sol mira
desde el sepulcro en que expira
hasta la cuna en que nace.
Yo le traeré á tu presencia,
perque en ella amigo falso,
el teatro de un cadahalso
represente la sentencia
capital, que ya le intimo;
y satisfecho tu honor
la mano á doña Leonor
daré, que no desestimo
yo inocencias engañadas
de amorosas persuasiones.
Tú que en las ocupaciones
de aqueste gobierno atadas
tienes las manos y pies
estorbando el ausentarte,
permite, señor, vengarte
la ira de un portugués
que tu honor va á restaurar,
y, aunque aborrecido, adora.
Tiende velas, desancora,
alza amarras, vira al mar. (Vase.)

ESCENA II

Dichos menos don Juan.

GARCÍA. ¡Plegue á Dios que los alcances
y que venciendo imposibles,
surques golfos apacibles
victorioso de sus trances!
¡Plegue á Dios que á mi presencia
don Juan generoso, tornes
con ellos, para que adornes
armas que á tu descendencia
dejes, y escriban historias
la fama de tu valor;
que el restaurar un honor
más vale que mil victorias! (Vase.)

ESCENA III

DOÑA MARÍA.

¡Plegue á Dios que favorables (1)
vientos, don Juan noble, lleves,
porque faciliten leves
sus piélagos formidables!
¡Plegue á Dios que halles concordes
olas de la mar sagrada,
y que á la primer jornada
la nave adúltera abordes!
Mas si un ingrato ha de ser
de tu venganza despojos
nunca ¡plegue á Dios! tus ojos
sus gaviás merezcan ver.
Diversa derrota sigas
vientos tengas por la proa,
nunca llegues á Lisboa,
nunca tu intento consigas.
Dificultades inmensas
se opongan á tu furor,
porque más puede un amor
si es firme, que mil ofensas. (Vase.)

ESCENA IV

*Aparécese una nave en lo alto, y en ella DOÑA LEONOR,
MANUEL DE SOSA, CARBALLO y otros; zunchazos.*

DOÑA LEONOR.

¡Favor, cielos piadosos!
¡Ay, mi Manuel, que vientos tan furiosos!

MANUEL.

Calmó, Leonor, el Leste,
persíguenos Sudueste con Nordeste;
el mar al cielo llega.

CARBALLO.

Maldiga Dios el alma que navega.

DOÑA LEONOR.

¡Favor, cielo divino!

CARBALLO.

¡Agua de Satanás, tórnate vino!
Servirá de sufragio
en lugar de tormenta tu naufragio.

MANUEL DE SOSA.

Por Junio en estos mares
estos dos vientos siempre dan pesares.

CARBALLO.

No vaya yo al infierno
por agua, ni en paraje donde invierno
es por Junio y por Mayo.
Muerte aguada, ¿qué quieres de un lacayo,
que en puras ocasiones
trocaba tus espumas en jamones?

MANUEL DE SOSA.

Distamos, Leonor mía,
de la línea abrasada al medio día

(1) El original no expresa que sea D.^a María quien dice estos versos; pero del contenido y oposición con los de D. García se deduce que es ella quien habla.

cerca de treinta grados;
por invierno y con vientos encontrados
irémonos á pique;
volvamos á Sofala ó Mozambique
é invernemos en ella.

TODOS.

Vira la proa.

CARBALLO.

¿Qué maldita estrella
me sacó de Galicia?

TODOS.

¡Jesús sea con nosotros!

CARBALLO.

Por justicia

entre rayos airados,
ya cocidos nos llevan, y ya asados,
si peñascos, ¡jigote
no hicieren de nosotros ó almodrote.
Gallego Ribadavia,
¿dónde estás?

TODOS.

¡Jesús!

MANUEL DE SOSA.

Arbol y gavia
arrancó el mortal viento,
aligera el navío.

CARBALLO.

¿Ha tal tormento?

MANUEL DE SOSA.

Echa al agua esas cajas
de drogas y pimienta.

CARBALLO.

Con ventajas

juega el mar si está airado,
¿qué hará después, señor, salpimentado?
Otras cosas le aplica
que la pimienta abrasa, enoja y pica.
Échale dos poetas
de estos que silva el vulgo y son maletas
de Apolo; de estos bromas
que hacen andar los versos por maromas.
Échale treinta suegras
y en ellas cebarán sus olas negras;
échale diez madrastras,
verás, si por sus tales las arrastras,
cuán presto se sosiega.

MARINERO 1.^o

El agua hasta las obras muertas llega
sin que á fuerza de brazos
sangrarla puedan bombas ni zunchazos.
La tierra está cercana,
varar en ella importa, aunque inhumana.

MANUEL DE SOSA.

El cabo es formidable,
que de Buena Esperanza hizo agradable
el nombre lisonjero,
si cabo Tormentoso fué primero;
mortal su llano y sierra.

TODOS.

¡Que nos vamos á pique!

MANUEL DE SOSA.

Vara en tierra;

echa el batel. Señora,
la vida importa, no la hacienda ahora.
Venid.

(Entranse.)

ESCENA V

CARBALLO.

¿Luego me dejas
á que me torne congrio? Oigan mis quejas;
sordos son, mas no mudos;
romadizado el cielo da estornudos;
no hay hijo para padre,
flemas vomita el mar sin mal de madre.
Cada cual tabla escóge
en que la vida como resto arroje;
buscad una, Carballo,
si sabéis por la mar ir á caballo;
harta tu sed ahora
con un millón que tu profundo dora,
sórbelo, mar traviesa,
que en esto eres de casta ginovesa.

ESCENA VI

*Salen DIAGUITO, DOÑA LEONOR, con un niño en los
brazos y MANUEL DE SOSA.*

MANUEL. Pues quedamos con las vidas
démole gracias á Dios;
¡Señor, perdonadme vos
tantas culpas cometidas!
Basten ya, tantos trabajos;
halle amparo en vos mi fe;
perdí mi hacienda y hallé
los venturosos atajos,
para vos, de la pobreza.
Si la limosna os obliga,
permitid, Señor, que diga,
no soberbio, que es bajeza,
sino alegando servicios
para que os doláis de mí,
que á necesitado di
remedio; que beneficios
atajaron desconciertos
de pobres que sustenté,
las huérfanas que casé,
sacrificios que hice á muertos,
religiosos amparados,
hospitales socorridos
y cautivos redimidos;
cuarenta y seis mil cruzados
en vuestros libros de caja
hallaréis, piadoso Dios,
en partidas, donde vos,
si premios de tal ventaja
ofrecéis, piadoso y largo,
á quien el sediento envía
sólo un vaso de agua fría,
podréis librar mi descargo

y asentar mi finiquito.
Si por pagado no os dais;
si airado, Señor estáis,
yo solo que hice el delito
el castigo experimente
que mi soberbia enfrenó;
yo pequé, páguelo yo;
no, mi Dios, tanto inocente.

LEONOR. Ea, mi bien, tu valor
prueba la suerte importuna;
no venciendo á la fortuna,
no te llames vencedor.
Sorbió nuestra hacienda el mar,
¿qué importa, si vida tienes?
No hay que hacer caso de bienes
que son bienes al quitar.
Cleantes los arrojó
voluntario y no forzado,
lo que hizo un gentil de grado,
¿por qué he de sentirlo yo?
Si, como dices, me quieres,
tu caudal logras en mí.

MANUEL. ¿Tú me consuelas así,
mi bien, sol de las mujeres?
¿Tú, que frágil necesitas
el consuelo? No te nombres
mujer, pues vences los hombres
y tu valor acreditas.

En los trabajos diamante,
ni temerosa, ni opresa,
eres en fin portuguesa,
no hay peligro que te espante.
Diego, ¿cómo venís vos?
DIAGUIT. Mojadillo, pero sano.
Señora, déle á mi hermano
de mamar.

LEONOR. Entre los dos,
Diego, mi amor repartido
un mismo lugar tenéis;
vos, porque lo merecéis,
y él porque yo lo he parido.

ESCENA VII

Salen cuatro MARINEROS.--DICHOS.

MAR. 1.^o Del mal el menos.

MANUEL. ¡Hermanos!

MAR. 2.^o Ciento diez hombres sé quedan
por la costa donde puedan
servir á los inhumanos
monstruos del mar de sustento;
los cuarenta de ellos son
portugueses.

LEONOR. ¡Compasión
extraña!

MAR. 2.^o Pero el aliento
de ver la muerte á los ojos
á quinientos animó.

MAR. 3.^o De la nave se sacó
alguna ropa y despojos,
cien mosquetes, cien espadas
y cosa de treinta picas.

MANUEL. Estas son presas más ricas
que las joyas más preciadas.

MAR. 3.^o Pero está la munición
hecha un agua.

LEONOR. Enjugaráse cuando esta tormenta pase.

MAR. 3.º Lo demás y el galeón sorbióse el mar ingrato.

LEONOR. Jugó fortuna, ganónos; alzóse, en fin, y dejónos eso poco de barato; agradezcámoselo, que en el juego es ordinario perder, y el tiempo es volitario, volverá lo que llevó.

MAR. 4.º ¿Hay tal ánimo?

LEONOR. ¿Qué tierra es ésta?

MAR. 1.º Si hemos de dar fe á cartas de marear, de cafres es esta tierra: los bárbaros más crueles de la Etiopía africana.

LEONOR. Todo el esfuerzo lo allana; armas hay que abrasan pieles.

MANUEL. ¿Cuánto habrá de aquí á Zafala?

MAR. 1.º Si hubiera en qué navegar doscientas leguas por mar; pero por costa tan mala su camino pone espanto.

LEONOR. Todo ha de vencerlo el brío

MAR. 1.º Cien leguas de aquí está el río...

MANUEL. Bien.

MAR. 1.º Del Espíritu Santo; y será posible hallar portugueses que por él con esta gente cruel marfil suelen rescatar por herramienta y espejos.

MANUEL. Pues, amigos, imposibles vencen pechos invencibles; no está el socorro tan lejos que en ese río esperamos que buscarle no podemos. Portugués valor tenemos, quinientos hombres quedamos.

MAR. 2.º Sí, mas ¿qué hemos de comer?

LEONOR. Árboles hay por los riscos, y por la costa mariscos; hombres sois, mas yo mujer que he de llevar la vanguardia; Manuel, dadme ese bastón.

MAR. 1.º Si nos pone corazón tan hermoso ángel de guarda, ¿quién ha de haber que peligre?

MANUEL. Pues alto; á marchar, soldados.

MAR. 2.º Vamos todos apiñados; que hay tanto león y tigre, que en desmandándose alguno bien pueden doblar por él.

LEONOR. ¡Animo, pues, mi Manuel! no se descuide ninguno.

MANUEL. Dejad, mi bien, que primero, de las tablas que ha arrojado el mar, con todos airado, os hagan, aunque grosero, algún sillón en que os lleven.

LEONOR. Correréme si eso mandas; á imágenes lleven andas, damas sus regalos prueben, que yo he de ir á pie y delante.

MANUEL. Dame esos brazos, valor de Portugal.

LEONOR. Soy Leonor, león al nombre semejante.

MANUEL. Traigan los negros de carga lo que nos perdonó el mar.

LEONOR. Señores, alto, á marchar, porque es la jornada larga. Cuando falte de comer cuentos y donaires tengo; veréis cómo os entretengo el hambre.

MAR. 2.º ¡No hay tal mujer! Por animarnos se ríe.

MAR. 1.º Siempre hemos de ir playa á playa.

MANUEL. Dios en nuestro amparo vaya; el ángel santo nos guíe. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

Salen BUNGA y QUINGO, negros.

BUNGA. ¿Fuéronse los blancos?

QUINGO. Sí.

BUNGA. Miralo bien.

QUINGO. Ya se han ido; desde aquel bosque escondido, hecho un escuadrón los vi, que marchaban ordenados por la costa.

BUNGA. Fuego en ellos; que tanto miedo hé de vellos con rayos desatinados, que ardiendo echan los bodoques y alcanzan de á legua y más.

QUINGO. De ellos se quedan atrás tal vez, Bunga, en que provoques el apetito.

BUNGA. Bien sabe la carne blanca, es muy tierna; antaño comí una pierna porque se perdió una nave cerca de aquí, y de la gente que casi ahogada salió, medio blanco me tocó.

QUINGO. Viene mucha del Poniente por el marfil que rescatan aquí cerca, hacia aquel río del rey de Bongo.

ESCENA IX

Sale CARBALLO.—DICHOS.

CARBALL. ¡Dios mío, favor!

BUNGA. ¡Ay!

CARBALL. Que me maltratan aguas que nunca probé.

QUINGO. ¿Qué es eso?

BUNGA. Un blanco arrojó el mar.

QUINGO. ¿Tiene rayo?

BUNGA. No.

QUINGO. Pues si no, le pasaré con esta vara tostada, y tendremos que cenar.

BUNGA. ¡Oh, qué hartazgo me he de dar!

CARBALL. ¡Ay, tras cada bocanada echo las tripas!

QUINGO. ¿Le paso?

BUNGA. Bien pasado el pobre está. Cojámosle vivo.

CARBALL. Ya no hay, Carballo, que hacer caso de vos, ya estáis enjuagado; estómago que ha sufrido tanta agua, de él me despidió; no quiero vivir aguado.

BUNGA. Agárrale, pues te alegras con tales presas.

QUINGO. Aquí. *(Cógente.)*

CARBALL. ¡Jesús, que vienen por mí dos pájaros de uñas negras! ¡Cata la cruz!

BUNGA. Tenle bien..

CARBALL. ¡San Blas, San Arquitrículo, que volviste el agua en vino; San Pero González!

QUINGO. Ten.

BUNGA. ¡Ay, cielos, qué linda cara tiene el blanco!

CARBALL. ¡San Domingo, San Miércoles!

BUNGA. Oye, Quingo, flaco está, si él engordara sabroso bocado fuera.

QUINGO. ¿Pues hay más que le cebemos dos meses?

BUNGA. Así lo haremos; agasájale, no muera de temor, porque seguro que no le hemos de matar más fácil podrá engordar.

QUINGO. Bien has dicho.

BUNGA. ¡Guro, guro!

QUINGO. Cuçazú, morcí, morcí.

CARBALL. No os entiendo, no os entiendo; ¿qué diablos me estáis diciendo?

BUNGA. Jigo...

CARBALL. ¿Jigote de mí?

QUINGO. ¡Ay, cielos, guisar me quieren!

CARBALL. Morcí.

BUNGA. Y morcillas también si en vino no me cocieren.

BUNGA. Asarú, jigo, quizú.

CARBALL. ¿Asado y jigote yo?

QUINGO. ¡mal haya quien me parió!

CARBALL. Pastilay, Bunga mi zú.

QUINGO. ¿Que hay pastel en mí y buñuelos, dicen?

BUNGA. No quiere entender. Dile que yo soy mujer, que pierda el temor. ¡Ay, cielos! que en él me estoy abrasando. Dile que no morirá.

QUINGO. Pastilay.

CARBALL. Pastel habrá y empanadas.

BUNGA. ¡Que temblando!

QUINGO. Albongonzú.

CARBALL. Albondiguillas me quieren hacer también.

BUNGA. Pastilay.

CARBALL. ¡No huelo bien, pues dice ésta que hay pastillas!

BUNGA. Quingo, en mi tambo estará mejor si hemos de cebarle, que yo sabré regalarle y así se asegurará. ¿No te parece?

QUINGO. Pues yo tengo más gusto que el tuyo.

BUNGA. ¡Ay, amor, si este es mi cuyo en buen punto acá salió. Bunga, yo, *carni veri*.

CARBALL. Ya me hacen carnero verde.

BUNGA. Parece que el temor pierde.

CARBALL. Regalos me hace, ¡ay de mí!; contemporizar, Carballo, por no morir.

BUNGA. Bongo, bongo.

CARBALL. Será fin de Monicongo, no te entiendo.

BUNGA. Bongo.

CARBALL. Andallo. *(Abrazate.)*

BUNGA. Abrazóme. Si con él me caso, no hay más placeres. Bongo.

CARBALL. ¿Qué diablos me quieres, tarima de San Miguel?

BUNGA. Yo le hartaré de marfil. *Coci, coci.*

CARBALL. Ya entender: dice que me han de cocer, ya yo llevo perejil. *(Vanse.)*

ESCENA X

Salen Doña LEONOR, MANUEL, DIAGUITO y los cuatro MARINEROS.

MANUEL

El deseado río descubierto, no hallamos, Leonor mía, embarcaciones; el hambre cuatrocientos nos ha muerto, pasto fatal de tigres y leones; infructífero y sólo este desierto, salada el agua y tantas maldiciones como me alcanzan, niegan la salida la muerte al alma y al dolor la vida. Un vaso de agua cuesta cien escudos; premio mortal de aquel que va por ella; pues apenas se parte, que desnudos de ropas y crueldad le dan por ella muerte los cafres bárbaros y mudos. Acabóse el sustento, esposa bella; un pellejo de cabra mis soldados comieron hoy, y costóme cien cruzados. El reyecillo vil de aquesta gente nos ofrece en sus fuerzas hospedaje, entretanto que el cielo, más clemente, nos trae amigos que nos den pasaje; pero hallo en ello más inconveniente que en todo lo demás de este viaje, porque las armas en rehenes pide, ó si no se las damos nos despide. Dice que sus vasallos, asombrados de nuestros arcabuces, no aseguran

sus vidas de nosotros si hospedados, su pobre habitación darnos procuran, entre riscos incultos retirados, firmes en este tema todos juran que si nos desarmamos amigables, nos darán de sus frutos miserables. Obligarles por fuerza es imposible si miráis de estos montes la aspereza; rendir las armas, condición terrible, pues no hay seguridad en su fiereza; morir de sed y hambre es cosa horrible, mas será indubitable la certeza de nuestro lastimero fin, de modo que todo es peligroso, mortal todo. Pero de tantos males y trabajos el menor, si os parece, es bien que escoja; simples son; con caricias y agasajos se amansa un tigre y su rigor se afloja; al remedio busquemos los atajos, alivie la prudencia á la congoja; mi voto, amigos, es que les rindamos las armas que nos piden, y vivamos.

MARINERO 1.º

Yo, á lo menos, morir armado quiero.

MARINERO 2.º

Yo de idólatras bárbaros no fio.

MARINERO 3.º

El plomo es mi defensa y el acero.

DIAGUITO.

Mataránnos sin armas, padre mío.

MARINERO 4.º

Quien las da no es fidalgo caballero.

LEONOR.

No os engañe, mi bien, tal desvario; sin armas y entre bárbaros tiranos, ¿no es querer eso atarnos pies y manos?

ESCENA XI

Salen los negros y CARBALLO.—DICHOS.

CARBALL. «Mensajeros sois, amigos, no merecéis culpa, no.»
Acá el rey negro me envía, negra Pascua le de Dios, sentenciado por lo menos entre estos alanos dos, corchetes del Limbo entrambos y obligados del carbón, vengo, si no concedéis con su gusto á un asador de palo, que no de hierro, á título de lechón.
Pesaránme por arrelde, que así lo notificó por señas un carnicero que allá se llama Sisón.
Dice, pues; va de embajada; que por hacernos favor, en fé de ser tan amigo de los de nuestra nación, que aquí suelen rescatar, os ofrece desde hoy

una vecindad de hollín en un reino de Plutón.
Comeréis lindos regalos, cocos, plátanos y arroz, jigote, mondongo humano y una pierna en salpicón.
Gozaréis ninfas del Limbo cual su madre las parió, que se afeiten con zumaque y es su selimán mejor.
Por lo grajo, son graja, y por las narices son dos valones sevillanos, muy ancho cada valón; mas haos de costar todo esto las armas y munición, que la confitura nuestra no les hace buena pro.
Sin azúcar temen balas y confites de cañón, que no quieren, ayunando, que les demos colación.
Todas las armas, en fin, el rey cordobán pidió, si queréis vivir con ellos, y no dándolas, alón.
Este sabe nuestra lengua bien que mal, porque trató en rescates portugueses y él os lo dirá mejor.

CURGUR. No tenemo má que habrá ya (1) di como lo Embasalar lo que le mandamo el reye tomamos resiliución.

Si arma damo, le hospedamo, turo como el culaçón, si no damo despedimo: mira qué queremos vos.

MANUEL. Esto es fuerza, compañeros; resolvámonos, Leonor: su sencillez nos convida; muerte es toda dilación.

¿De qué nos han de servir armas contra tan feroz enemigo como el hambre? Dios nos dará embarcación, presto ya el invierno pasa, no ha de ser todo rigor; presto vendrán portugueses al rescate; lo mejor que el hombre tiene es la vida; seguid todos mi opinión, no muráis desesperados; ninguno diga de no.

MAR. 1.º Yo, á lo menos, si las diere forzado será.

MAR. 2.º Pues yo, puesto que deseo servirte, dudo de hacer tal error.

LEONOR. ¿Las armas les quieres dar? pues, mi Manuel, muerta voy; no esperes piedad en fieras sin discurso ni razón.

DIAGUIT. Padre, mire lo que hace.

(1) Verso de nueve sílabas: quizá sobra el «ya» final.

MANUEL. Matadme, pues, ya que sois, vuestros homicidas mismos y tan desdichado yo.
Acabemos de una vez con tanta persecución; cumpla en mí el cielo presagios, satisfaga su rigor.

CURGUR. No tenemo que temé ya.

MANUEL. Hijos, si no por mi amor, por el vuestro, que es perdernos esa desesperación.

MAR. 1.º Alto; si en tal tema das, más que nos maten.

MAR. 2.º Por Dios, que es sentenciarnos á muerte. Mas vaya.

MAR. 3.º Arcabuz, sin vos no hago cuenta de la vida.

MAR. 4.º Ya yo sin armas estoy y despedido del mundo.

LEONOR. El discurso te faltó, Manuel mío, al mejor tiempo.

MANUEL. Dios, mi bien, lo hará mejor; llevad las armas, tomadlas, y al Rey decid que hizo hoy él solo más que han podido en Asia tanta nación, que nos dé salvoconducto.

CARBALL. Escapéme del tajón de muerte, de abondiguillas, de la sartén y asador.

CURGUR. Aguardámono un poquito que habramo con reye voy, arma damo para ya ya no tenemo temó.

(Vanse con las armas.)

ESCENA XII

DICHOS Y NEGROS.

LEONOR. Mal hemos hecho, Manuel.

MANUEL. De dos daños el menor es éste: así pasaremos, mi bien, hasta otra ocasión.

(Van saliendo Negros arriba.)

NEGR. 1.º Mueran los blancos sin armas.

NEGR. 2.º Pasadlos de dos en dos con las varas y las flechas. ¡Ea, cafres, vuestros son sus despojos!

NEGR. 3.º ¡Mueran!

NEGR. 4.º ¡Mueran!

MANUEL. ¡Ay, cielos! ¿esta traición consentís?

LEONOR. Quien dió las armas (1) esto y más merece.

MAR. 2.º Miren si era buena mi opinión.

MANUEL. ¿Todo, cielos, desventura? ¿Todo, fortuna, rigor?

(1) Así en todos los originales; pero quizá deba leerse este verso

LEONOR. consentís? Quien armas dió

¿Todo, desdicha, pesares?
¿Todo, en fin, persecución?
Ea, arroje el cielo ráyos, rompa límites veloz el mar, ábrase la tierra, cúmplase mi maldición.

MAR. 1.º Huir que brotan los riscos negros y flechas.

CARBALL. Temor todo soy; pies, apostemos cuál corre más de los dos (1). (Bajan Negros.)

CURGUR. A ellos, á ellos.

MANUEL. Traidor; moriré, pero vengado, que aún respira el corazón; desesperado me animo, brazos tengo, Manuel soy. (Váanse todos.)

CARBALL. Entre tanto que se ceban en los primeros, si sois para seguirme, corred, llevaréisme por guión. (Vase.)

ESCENA XIII

Vuelve á salir MANUEL con DIAGUITO en los brazos y DOÑA LEONOR con el otro niño en los suyos, y pónese MANUEL en el suelo.

MANUEL. Esto es lo más escondido de este bosque dilatado, los cafres se han retirado; que aquí me esperéis os pido. Buscaré los compañeros que, aunque sin armas están, troncos de aquí cortarán con que suplan los aceros. Ningunos bárbaros queden, quememos su población, haga la desesperación lo que las fuerzas no pueden. La militar disciplina vencerá su multitud.

LEONOR. Desarmados no hay virtud contra ellos, si no es divina. ¡Av Manuel, qué deslumbrado anduviste!

MANUEL. Ya eso es hecho: el salir de tanto estrecho es lo que me da cuidado. Si de noche acometemos su rústica población, del fuego y la confusión huyendo, restauraremos las armas; voy á buscar nuestra gente; luego vengo. (Vase.)

(1) Aquí está alterado el texto, pues dice «Vase», por Carballo, que inmediatamente vuelve á aparecer. En las reimpresiones de D.ª Teresa de Guzmán y de Ortega, se insertan en este lugar estos versos:

MANUEL. Retiraos con esa gente, dulce esposa; vivid vos; que yo quedaré entretanto por blanco de su furor. Mientras en mí lo quebrantan, escapaos, que, muerto yo, tendrán fin tantas desdichas. (Bajan negros), etc.

LEONOR. Ya de la vida no tengo
que defender ni esperar.
¡Ay hijo, en qué mala estrella
naciste!

DIAGUIT. Señora mía:
si llora, el niño que cría
vendrá á morir por ella.
Calle, que yo espero en Dios
que nos ha de socorrer.

ESCENA XIV

CURGURU y otro NEGRO.—DICHOS.

CURGUR. Sola está aquí una mujer;
desnudémosla los dos,
gocemos de sus despojos,
y huyamos la sierra adentro.
Un tigre sale al encuentro.
(Sale un tigre y ase á Diaguito.)

DIAGUIT. Padre mío de mis ojos,
que me lleva á hacer pedazos.
(Ase un Negro á Leonor.)

CURGUR. Trácela.
LEONOR. ¡Cielo rigoroso,
¿qué es esto? ¡Manuel, esposo!
(Entranse con ella.)

CURGUR. No la sueltes de los brazos.
LEONOR. ¡Manuel de Sosa, favor!
(Diaguito en lo alto.)

DIAGUIT. ¡Socorro, padre, que muero!

ESCENA XV

Sale MANUEL DE SOSA.—DICHOS.

MANUEL. ¿Qué es esto? ¡ay cielos! ¿qué espero?
LEONOR. ¡Dulce esposo!
MANUEL. ¡Mi Leonor!
(Leonor en lo alto.)

LEONOR. Cuando no puedas mi vida,
ven á defender mi fama.
DIAGUIT. ¡Señor padre!
MANUEL. ¿Quién me llama?
DIAGUIT. Cuando mi muerte no impida,
écheme su bendición,
que yo rogaré por él
á Dios.

MANUEL. ¡Ay suerte cruel!
¡Ay trágica confusión!
¡Ay cielos! ¡Ay hado impío!
¡Hay más males, más enojos!
¡Manuel!

LEONOR. ¡Leonor de mis ojos!
MANUEL. ¡Señor padre!
DIAGUIT. ¡Diego mío!
MANUEL. ¡Favor!
DIAGUIT. ¡Socorro!
MANUEL. Divida
el alma esta adversidad;
defienda cada mitad
á la mitad de su vida.
Bárbaros allí amenazan
el honor de quien adoro;
allí tigres el tesoro
de mi vida despedazan.
¿Adónde iré? ¿qué he de hacer?
Mientras Leonor se defiende

librar á mi hijo pretende
mi amor, mas no ha de poder,
morir con él es mejor.

LEONOR. Dueño ingrato, ¿así me dejas?
MANUEL. Justas son aquellas quejas:
socorramos á Leonor.

DIAGUIT. Padre mío, ¿así me olvida?
MANUEL. Alma: allí el socorro os cuadre.
DIAGUIT. ¡Padre!
LEONOR. ¡Esposo!
MANUEL. Esposo y padre;
aquí la honra, allí la vida,
y uno yo; los daños dos,
los peligros divididos
y para matarme unidos;
¿y no hay remedio, mi Dios?
Pues no ha de haber desconcierto
que á desesperar me obligue:
¿todo el mundo me persigue?
Pues persiga. Ya habrá muerto
á Diego el sangriento bruto;
matemos, valor, muriendo,
á mi esposa defendiendo,
al cielo obligando á luto,
al mar que tarde se amanse,
la tierra que nos sepulte,
al monte á que nos oculte,
la crueldad á que descanse.
Porque si por tantos modos,
hombres, cielos, mar y tierra,
todos nos hicieron guerra
nos tengan lástima todos.

ESCENA XVI

Salen GARCÍA, DON JUAN y DOÑA MARÍA.

GARCÍA. ¡Extraordinaria tormenta!
MARÍA. Viniendo embarcada yo,
¿qué mucho? Jamás me dió
quietud la suerte violenta.
GARCÍA. ¿Qué barra es ésta?
JUAN. Este el río
es del Espíritu Santo.
GARCÍA. Descansaremos en tanto
que sosiega el mar su brío.
Entró por Gobernador
de la India Jorge Cabral,
por el Rey de Portugal
nombrado, y tráeme mi honor
á remediar desatinos
si tienen (habiendo en medio
tanto imposible) remedio.

JUAN. El cielo abrirá caminos
por medio de la venganza
que aseguren tu sosiego.

GARCÍA. Si á Lisboa vivo llego,
en mi Rey tengo esperanza
que, premiando mis servicios,
castigue al torpe Manuel
de Sosa.

JUAN. Hallarás en él
severidad para vicios
y amparo para virtudes,
y en mí un fiel ejecutor
porque restaures tu honor
y en gozo tu pena mudes.

GARCÍA. ¿Qué gente habita en la tierra?
JUAN. Negros torpes y bozales
que entré fieros animales
son vecinos de esa sierra.
Dióles el cielo abundancia
de marfil, que portugueses,
en fe de sus intereses,
cargan con harta ganancia,
y estos bárbaros lo dan
por vidriós y niñerías
de poco precio.

GARCÍA. ¿Qué días
nos pueden faltar, don Juan,
para entrar con salvamento
en Lisboa?

JUAN. Si doblamos
este cabo donde estamos
y nos favorece el viento,
en dos meses.

GARCÍA. Quiera Dios
que apacible el mar hallemos,
y que fin alegre demos
á nuestras penas los dos.

ESCENA XVII

Sale CARBALLO como asustado.—DICHOS.

CARBALL. ¿Portugueses? ¡Dicha mía!
Carballo á la vida dad
ensancha, si esto es verdad.

GARCÍA. ¿Carballo?

CARBALL. Gran don García
ya tienen fin á tus pies
mis desdichas; ya perdí
el temor.

GARCÍA. ¿Qué haces aquí?

CARBALL. Ya te lo diré después.
Ven á socorrer ahora
tus hijos, que si están vivos,
entre esos cuervos cautivos,
los comerán dentro un hora.

GARCÍA. ¿Qué dices?

MARÍA. ¡Ay, honra mía,
ya el cielo os allana estorbos!
CARBALL. Zampóse el mar en dos sorbos
la nave y lo que traía,
que nunca gasta otros huevos;
quinientos vivos quedamos
que infierno ó tierra tomamos
para hallar peligros nuevos.
De quinientos, ciento y treinta
quedamos que tigre y hambre
los demás, aunque en fiambre,
con ellos hicieron cuenta.
No quedó perro ni gato
que no supiese á conejos;
cueros de cofre, pellejos,
hasta suelas de zapato
nos comimos; y el remate
de esta peregrinación
fué entregar la munición,
ropa y armas por rescate
de comida á la grajuna
república de esta gente.
Con nosotros insolente
jugó después la fortuna,

de modo que nos desnudan
antípodas alemanes
hasta que en los cordobanes
nos dejan, y aun desto dudan;
porque con varas tostadas
nos agarrochan, sin ser
toros, y juran hacer
convites y borrachadas
con nosotros, de manera,
que si yo no me escapara,
tripas negras caminará
hasta la puerta trasera.
Pues traes gente y arcabuces,
defiende á Manuel de Sosa,
tu nieto, y su triste esposa
de estos grifos avestruces.
¡Válgame el cielo! Llamad
mis soldados, que si viven,
librándolos, aperciben
mi venganza en mi piedad:
mueran los dos á mis manos
y no entre bárbaros negros.

ESCENA XVIII

Sale un MARINERO.—DICHOS.

MARINER. Dírate la bienvenida
si llegaras á otro tiempo;
pero pésames te doy
del más trágico suceso
que conservaron anales,
que desdichas escribieron.
Ya, noble Gobernador,
maldiciones cumplió el cielo,
vengó agravios, oyó lloros,
y dió al prudente escarmientos.
Desnudaron sin piedad
estos bárbaros hambrientos
la hermosa doña Leonor,
sin bastar llantos ni ruegos.
Vió el sol la primera vez
los alabastros honestos
que le ocultaron retiros
del recato y del respeto.
Pero no los gozó mucho;
porque fueron los cabellos
vicevestidos hermosos
que soles nieves cubrieron.
Y lo que ellos no alcanzaron,
relicario sirvió el suelo,
viva abriendo su sepulcro
á la otra mitad del cuerpo.
Con su compostura casta,
la del monarca primero
curioso alargó la toga
hasta los pies; mas espejo
de las matronas, Leonor,
viva se entierra, escondiendo
si avarienta, recatada,
de su belleza secretos,
reservados solamente
á amorosos himencos.
Hallóla Manuel de Sosa
desta suerte, ya entre hambrientos
tigres, malogrado un hijo,
y con el otro á los pechos.

Traspasóse de dolor,
atajando el desconsuelo,
para atormentarle más,
llanto y suspiros sin seso.
Se entró por entre esas selvas,
donde entre riscos soberbios,
ó intentará precipicios,
ó fieras le habrán deshecho.
Satisfechas tus venganzas,
ya puede el dolor paterno
las exequias funerales
fiar á los sentimientos.
Aquí si pueden los ojos
sufrir del Scita fiero
espectáculo tan triste,
está el teatro funesto

(Descubre á Doña Leonor, ya difunta, y á Diaguito ensangrentado.)

en que la ciega fortuna
tragedia eterniza el tiempo
para escarmiento de amantes,

GARCÍA. y este es el acto postrero.
Cerrad las puertas, dolor,
al alma; ahóguese dentro
de sí misma, no la alivien
llantos ni suspiros tiernos.
¡Ay, Leonor! nunca tomaran
tan á su cargo los cielos
agravios de un padre airado;
venganzas de un triste viejo.
No hay vida que tanto sufra;
muramos ya y acabemos
de una vez desdichas tantas.
MARÍA. ¡Ay, Manuell ¡Ay, caro Diegol
¡Ay, mal logros de mi amor!
JUAN. Mármol soy, absorto quedo,
estatua en la admiración
de puro sentir no siento.
A espectáculo tan triste
eche Timantes el velo
y sirva en la compasión
de escarmientos para el cuerdo.

LA REPÚBLICA AL REVES

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

IRENE, Emperatriz.	ANDRONIO, caballero.
CONSTANTINO, su hijo.	MACRINO, secretario.
CAROLA, Infanta.	DOS CRIADOS.
LIDORA, dama suya.	TARSO, pastor.
MELISA, pastora.	DINAMPO, pastor.
FLORILO, pastor.	DAMÓN, alcalde.
ITALIO, pastor.	CLODIO, galán.
HONORATO, senador.	LISO, pastor.
CUATRO GUARDAS.	EL REY DE CHIPRE.
UNOS PRESOS.	RELATOR.
CAMILA, criada.	LA FORTUNA.
ROSELIO, Infante.	UNOS CAZADORES.
LEONCIO, camarero.	SOLDADOS.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen marchando soldados, y detrás de ellos IRENE,
armada con bastón y corona de Emperatriz.

IRENE. Cesen, griegos, las trompetas;
cesen las cajas también;
haced los pífanos rajás
y los clarines romped;
abatid los estandartes
y no los enarboléis,
que el placer de mis victorias
ya es pesar y no placer.
¡Ay, Constantinopla ingrata,
patria á tus hijos cruel!
¿este es mi recibimiento?
¿este el triunfo imperial es?
¿Así mis hazañas pagas,
cuando entrar en ti pensé
sobre el victorioso carro
entre el bélico tropel?
¿Cuando entendí que el senado,
debajo el palio y dosel
me llevara á Santa Sofía

yo á caballo y él á pie,
y adornando tus paredes
de damasco y brocatel,
tus calles, de flores llenas,
fueran calles de un vergel?
¿Ahora, cuando aguardaba
recibir el parabién
de tantos reinos ganados,
tantos cetros á mis pies;
ahora, senado ingrato;
ahora, griego sin ley,
el Imperio me quitáis
porque mi hijo goce de él?
Yo le quiero coronar,
pues vosotros lo queréis,
descubra su excelso trono
el imperial sumiller,
y ruego al cielo que os rija,
vasallos griegos, tan bien,
que defienda vuestro Imperio
sin que me hayáis menester.

(Tocan música, descubren una cortina
detrás de la cual estará, debajo de un do-
sel, Constantino, y á sus lados, y en pie,
Leoncio, Andronio, Macrino y otros. A un
lado, en una mesilla, estará, sobre una
fuente de plata, la corona, el estoque y el
mundo.)